

# RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Tirada: 7.700 ejemplares.

Director: JUAN ORTEA FERNANDEZ

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada quince días, Ptas. 0,50 al mes	
20 » » » » »	1,00 » »
50 » » » » »	2,50 » »
100 » » » » »	5,00 » »

Pago adelantado.

«Este precepto os doy: Amáos los unos a los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS)

## DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Cabrales, 144, pral.

También se pueden hacer los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73.

La correspondencia de provincias al Sr. Director de RELIGIÓN Y PATRIA. -Gijón.

## Todos los años acompañamos al Santísimo Sacramento...

Tenia veinticinco años cuando, encontrándome de paso en Lyon, oí hablar por primera vez del Cura de Ars. Se decía que el santo sacerdote atraía al confesonario de la humilde iglesia de su aldea una multitud de hombres de los más lejanos países. Iban a verle para obtener la curación de su alma, como se va a las fuentes minerales para buscar la salud del cuerpo. Me vino la idea de ir también, y partí.

Cuando entré en la iglesia, un centenar de personas esperaban en torno de un confesonario: los hombres formaban la mayoría; pero como no tenía intención de confesarme, volví al hotel sin haber podido ver a Mr. Vianney. El dueño del hotel me preguntó si quería comer en compañía de un eclesiástico, y acepté.

Me hallé en presencia de un venerable canónigo, y naturalmente, la conversación recayó sobre el santo Cura.

—¿Creéis, señor Canónigo—le dije—que el Cura Vianney sea un confesor tan experimentado como se cuenta?

—Yo no sabré deciros si es experimentado; pero lo que puedo aseguraros es que está inspirado por el espíritu de Dios. Posee el secreto de resolver todas las dudas y de vencer todas las dificultades. Es una verdadera maravilla, un verdadero milagro; vos mismo podréis juzgar de ello.

—No lo creo—respondí sonriéndome—porque no tengo intención de confesarme.

—Tal vez hacéis mal—me dijo el canónigo.

Y hablamos de otras cosas.

\*\*

Por la tarde del mismo día, a las diez de la noche, yo salía del confesonario del Cura de Ars.

—¿Vivís en vuestro país natal?—me preguntó el santo sacerdote antes de darme la absolución.

—Sí, Padre mío.

—¿Qué población tiene?

—Veinticinco mil almas.

—¿Debéis ser muy conocido allí?

—¡Oh! perfectamente, casi por todo el mundo.

—Muy bien. En penitencia rezaréis, antes de salir de la iglesia, los actos de fe, esperanza y caridad; después asistiréis, en vuestro país natal, a una de las dos procesiones del *Corpus*, colocándoos inmediatamente detrás del palio. Retiraos en paz, hijo mío.

A otra hora, en otra iglesia y con otro sacerdote, hubiera pedido inmediatamente el cambio de la segunda parte de la penitencia por otra obra buena cualquiera, pero en aquel momento el respeto y la emoción me cerraron la boca.

El Canónigo tenía razón: el Cura de Ars era verdaderamente un confesor extraordinario. Supo poner el dedo en la más grande llaga de mi alma: el respeto humano. Obligándome a asistir a una procesión pública, a un acto público de religión, me ordenaba una medicina violenta y amarga que repugnaban todos mis instintos, pero que por lo mismo debía ser un saludable y eficaz remedio.

Sin embargo, consolábame un poco pensando que aún me separaban seis meses de la época en que debía cumplir mi penitencia.

\*\*

La procesión del Santísimo Sacramento es una de las más bellas manifestaciones del culto católico. En ciertos países, en las grandes ciudades sobre todo, reviste un carácter imponente de religiosa majestad: la magistratura, el ejército, la autoridad administrativa y los más nobles habitantes, en una palabra, la flor de la sociedad, tiene a honor acompañar al Dios de la Eucaristía.

El cristiano más tímido puede, por lo tanto, sin gran embarazo unirse a tan honroso cortejo. Desgraciadamente en mi ciudad natal no sucedía así. El sexo fuerte no estaba representado en la procesión sino por los niños de las escuelas y por pobres obreros pertenecientes a una piadosa cofradía.

Pues cuanto más humilde el acompañamiento, tanto más largo debía parecerme el trayecto que recorría la procesión. Veinticinco mil habitantes, sin contar los forasteros, iban, pues, a presenciar el desfile religioso. Y ¿qué dirían, qué pensarían esos espectadores al ver al mundano Jorge L. seguir tras el

palio?... A ese pensamiento un sudor frío inundaba mi frente.

No obstante, yo creía con toda mi alma en el dogma de la Eucaristía, y pensaba que todos los monarcas del mundo no harían más que cumplir con su deber acompañando, con los pies descalzos y la frente en el polvo, al Dios oculto y anonadado bajo las especies eucarísticas.

Al fin llegó el primer domingo inmediato al *Corpus*, y la procesión se verificó después de Vísperas. Para fortalecerme y animarme a ejecutar un acto que jamás me había atrevido a realizar, fui a colocarme cerca del altar a la vista de todos; pero ¡ay! me parecía que todo el mundo tenía fija su mirada sobre mí, y que yo era el objeto de la atención general.

Esta preocupación fué tan grande, que apenas me dejó la libertad de espíritu necesaria para observar que la procesión estaba ya organizada y se disponía a salir de la iglesia. El palio pasó ante mí, pero no tuve valor para seguirle, y dejé para el siguiente domingo la difícil penitencia.

¡Dios mío! ¡perdonadme si hubo un tiempo en que miraba como difícil penitencia el honor insigne de acompañaros!

En la noche siguiente se apoderó de mí una terrible fiebre, consecuencia natural de las emociones sufridas en aquel famoso día.

Cosa increíble: me alegraba de mimal, y deseaba se prolongase lo menos diez días; de esta suerte me vería dispensado de asistir a la procesión.

Mas la fiebre desapareció pronto, y aun me dejó en mejor estado para el domingo siguiente.

Grande fué mi alegría cuando el domingo (lo digo para mi confusión) ví el cielo cubierto de espesas nubes que anunciaban próxima y violenta tormenta, que indudablemente estorbaría se efectuara la procesión.

La procesión, sin embargo, se realizó, y revistiéndome de valor, más muerto que vivo, me coloqué detrás del palio.

Cien años que viviese no podría olvidar las dos horas que duró esta procesión. Un sudor frío inundaba mi rostro, y mis piernas se resistían a llevarme.

De cuando en cuando, reavivando mi fe, rezaba alguna oración, pero sólo los labios pronunciaban las palabras: toda mi atención estaba concentrada en un combate íntimo contra mi respeto humano.

\*\*

Quince días después recibí la visita de M. N. juez de primera instancia de V..., joven muy apreciable por su talento, su lealtad y la franqueza de sus relaciones. Venía a suplicarme, sin más preámbulos, que me uniese a él y a algunos amigos suyos para fundar en la ciudad una Sociedad de San Vicente de Paúl.

Y mientras yo formulaba algunas excusas, exclamó:

—¡Cómo! Vos que tenéis bastante fe y devoción para acompañar públicamente una procesión del Santísimo Sacramento, ¿nos rehusaréis vuestro concurso?

Consentí al fin; porque en el bien como en el mal el primer paso es el que cuesta.

Dos años más tarde la Conferencia estaba perfectamente establecida; contaba con treinta jóvenes de las mejores familias.

Sostenido por mis amigos y fortalecido por la recepción frecuente de los Sacramentos, he llegado a vencer este vergonzoso respeto humano.

\*\*

En adelante, todos los años, juntos, recogidos y santamente gozosos, acompañamos al Santísimo Sacramento con la frente alta y el corazón feliz.

EL ABATE P. JACQUET.

## ¿ES CARIDAD?

Aseguran los que toman parte en esa horrible lidia en que sucumben y acaban pueblos, capital y vidas, que España debe en la guerra tomar también parte activa, si no quiere ver manchados los blasones de Castilla.

Que ya es imposible sea una nación neutralista, sin echar sobre su historia, inmaculada hasta el día, el más infame borrón de vergüenza e ignominia.

Que será un pueblo maldito, un pueblo casi suicida, aquel que muestre estoicismo cuando un hermano pelagra sin salir en su defensa que es defensa de su vida.

Y aquí viene bien aquella frase galana y sencilla que brotaron de los labios de una ilustre poetisa:

«Dígame usted, don Fran... cisco, ¿es caridad... o es envidia?»

J. M.

## ¿Cruz o espada?

Decían de él los amigos: «sí, es un muchacho listo, instruido, carácter simpático, servicial, noble hasta la abnegación, desprendido hasta el sacrificio; pero tiene sus rarezas; se entusiasma exageradamente con la tropa cuando la ve en formación y dice que va a ser militar,

y si ve un fraile se queda contemplándole extático, y se atreve a decirnos: ¡qué felices son los religiosos!—Son muy despreciados, los insultan...—Mejor, más felices todavía. Los envidia. Fuera de militares y religiosos nadie más le llama la atención».

Esto se decía de él y así era en verdad, Marcelino.

Allá, en mis juventudes, yo también fui su amigo y sin duda supe inspirarle más confianza y sinceridad que otros, cuando me hizo confidante de sus rarezas.

¡Rarezas!... Veréis.

—Mi padre, que en gloria esté, fué militar, llegó a teniente desde simple soldado, yo nací en un cuartel, me crié entre militares, me educé con ellos, oía sus conversaciones patrióticas, sus anhelos de gloria, sus aventuras guerreras, así que no debe extrañarte, amigo J., este atractivo fascinador que en mí ejerce el ejército.

El mayor criminal de la tierra, vestido con el glorioso uniforme de la milicia, es para mí simpático. Si fuese su juez le indultaría diciéndole: concluye de regenerarte, amigo mío, sumándote a la preclara historia de ese ropaje sin rival.»

¿Crees que no me fijé en tu extrañeza cuando me viste como embobado ante ese grupo de soldados en formación con su banda de cornetas y tambores? Toques de fuego, gritos de lucha, órdenes de avance, himnos de victoria resuenan en mis oídos, trayendo a mi mente los grandes capitanes de nuestros valientes y victoriosos ejércitos, sus conquistas, sus heroísmos, su honor, su gloria, su lealtad, su patriotismo, el sacrificio de su vida por la patria; por la patria en ellos confiada y por ellos grande y venerada de todos, por esa patria con todos sus bienes, su religión, sus derechos, su honra, su civilización, su bienestar.

El gran Cardenal Jiménez de Cisneros en ninguna ocasión me lo representa la historia más sublime y majestuoso que cuando al frente de las tropas españolas dijo severo a aquellos magnates: «estos son los poderes con que me ha revestido el César; con ésto gobierno y gobernaré, con éstos sabré contener las extralimitaciones de los malos ciudadanos y de los enemigos de mi patria amada.»

Sí, el ejército es la salvaguardia de este amado suelo nuestro, donde nacimos, donde vivimos y amamos, donde esperamos morir conquistando la otra Patria eterna. El mismo Jesucristo distinguió sobremanera a los soldados en la persona del Centurión. Quisiera ser soldado... pero espera; a mi corazón afanoso de conquistar pueblos y hombres que ofrecer a mi patria querida, le inclinan igualmente esas otras conquistas de las almas para otra patria mil veces mejor y más gloriosa, sin término.

Me entristece lo que veo muchas veces detrás de esos avances de nuestros ejércitos victoriosos y es una civilización degradante, los vicios, las malas costumbres, la incredulidad enseñoreándose del terreno conquistado, es decir, que así se trabaja para el diablo, no para Dios, como en otros tiempos, y esto amengua no poco mis entusiasmos por la milicia terrena poniéndolos en la milicia espiritual.

Un militar con la espada en alto y gritando ¡viva España! me entusiasma, pero un misionero con la cruz también en alto y diciendo ¡todo por Cristo y para Cristo! me seduce.

¡Soldado... misionero!... Muchos puntos de contacto tienen ambos. Los dos trabajan y mueren por un amor sublime, santo; los dos pueden ser mártires venerandos. Ambos por su significación son dignos de honra, por esto el malvado, el incrédulo los desprecia; quien empieza insultando a su Patria, a su Rey, al Ejército, concluye por escarnecer a Dios, a la fe cristiana.

Si hubo un fraile, Cisneros, que se hizo general; hubo un capitán de milicias, el gran español Ignacio de Loyola, que se hizo misionero, que sin perder sus ansias de conquistador cambió la espada por la Cruz, a fin de buscar victorias más positivas e inmortales, libres, después de todo, de ambiciones terrenas cuando no de negras injusticias.

Un general arengando a sus tropas para entrar en combate es magnífico.

Un misionero predicando las excelencias de la Religión y el amor al prójimo es... divino.

¡La Cruz... la espada!... ¡La espada... la Cruz!...

Ved aquí, queridos lectores, las ideas raras de mi amigo Marcelino, que tuvo a bien comunicarme un día del Corpus, después de contemplar la formación militar para la procesión eucarística y de oír el elocuente sermón de un Padre Redentorista en la misa solemne del mismo día.

Han pasado de esto veintitantos años. En uno de esos libros de «Las Misiones» leí no hace mucho que mi buen amigo había alcanzado la palma del martirio predicando a los infieles. ¡Murió por la Patria y por la Religión, sus dos amores, sus únicos amores!

J. O. F.

## El guardián de la casa

I

En el sombrío ángulo del extenso jardín que rodea al solitario chalet de los señores Villaumbrosa, se hallan, verja por medio, la sirvienta Juana y un joven bastante bien trajeado, pero de semblante repulsivo.

Juana está como subyugada por la mirada de aquel hombre, a quien en mala hora conoció. Puede asegurarse que si grande es el amor que desdichadamente llegó a profesarle, mayor es el temor que la tiene sujeta al despótico imperio de aquel perdido. ¡A qué extremos suele conducir el atolondramiento de algunos jóvenes al ceder con facilidad, sin maduro examen, a las insinuaciones halagadoras de pretendientes cuya vida y fisonomía moral son desconocidas! Juana era una de las víctimas de semejante atolondramiento.

—Es preciso dar el golpe cuanto antes. Dices, Juana, que tus señores acudirán mañana por la noche al concierto de la Sinfónica. El concierto no terminará hasta las doce. Tenemos, pues, tiempo sobrado para realizar despacio el asunto.

Quedamos en que, apenas salgan tus señores de casa (que será a eso de las nueve de la noche, a juzgar por lo que anuncia el cartel de la Sinfónica), pasas tú dos veces con luz por la terraza del chalet. Lo demás, ya está convenido. ¿Cumplirás sin falta el compromiso?

Juana temblaba como una azogada; tenía el corazón oprimido y palpitante; inusitado resaca la embargaba la garganta; si una luz la iluminara, se vería que tenía el semblante cubierto con la palidez de la muerte. Estaba febril, inquieta, y apenas podía pronunciar palabra.

—¡Juana!—rugió Cástulo asiéndola de la muñeca con brutal violencia.—Es preciso decirse y pronto; de lo contrario...

Cástulo finalizó la frase con una horrible blasfemia que llevaba envuelta una bárbara amenaza.

—No te pongas así; haré cuanto me dices; pero: ¡ay, Dios mío!...

Y Juana comenzó a llorar.

—No me vengas con lloriqueos y escrúpulos de monja. Mañana por la noche, a las diez, estaré rondando a respetable distancia del chalet. ¡Adiós, pues; hasta mañana!

II

—Me temo, Joaquín, que la indisposición de Lolita continúe.

—En ese caso, nos hubieran avisado.

—También es verdad. Si tuvieran ellos teléfono, ahora mismo nos pondríamos al habla y saldríamos de estas dudas.

—Lo que procede, Rosa, es que vayamos a su casa; si Lolita está bien, la llevaremos al concierto, ya que así se lo hemos prometido, y, si no puede venir, iremos solos. Yendo a su casa cumplimos con nuestros amigos, pues verían que teníamos interés en obsequiar a su hija Lola.

—Muy bien pensado, Joaquín.

Este diálogo habían entablado los señores Villaumbrosa en el amplio y lujoso gabinete, mientras doña Rosa se prendía la rica mantilla a la cabeza y se daba delante del espejo el último vistazo.

—Cuando gustes, Joaquín.

—Yo estoy preparado hace media hora. Tú eres la que debes darte prisa, pues van a dar las ocho y media—dijo don Joaquín, sacando del bolsillo del chaleco su magnífico cronómetro.

—Vamos, pues... Pero ¡ay! se me olvidaba despedirme del guardián de la casa y atizar la lamparilla.

—Sí, hija, sí—observó don Joaquín, riéndose complacido.—No dejes descontentos, por falta de cortesía, a tu perpetuo huésped, a tu San Antonio de Padua.

—¡Qué quieres, hombre! le debo muchos favores; él arregló nuestro enlace venciendo las grandes contrariedades que se presentaron; él nos viene concediendo muchas felicidades en nuestro matrimonio, y él...

—Te va concediendo (a lo que parece) que tengamos quien nos herede—dijo don Joaquín terminando la enumeración de favores que Doña Rosa iba haciendo.

—¡Cállate, malón!—interrumpió Doña Rosa, haciendo un gracioso mohín.

—¿Malón yo? ¡Y tú, malona, y San Antonio, que te lo concede, otro malón también! ¡todos malones!

—¡Bendito sea Dios, cuánto tengo que sufrir con este hombre!—exclamó gozosamente enfadada la joven esposa.—¡Todo sea por Dios!

—¡Anda, anda de prisa! despídete de tu San Antonio, que ya se va haciendo tarde. Anda lista, y de paso le dices que yo quiero más heredero que heredera.

—¿Te quieres callar con esas cosas, tentador enemigo? Lo que le voy a decir a mi San Antonio es que le dejo de amo de casa, que sea fiel guardián de nuestras cosas.

—Dile todo lo que quieras, pero prontito: que mi reloj te acusa de pesadita y tardona.

### III

Plácida y bella era la noche. La luna que braba sus plateados reflejos entre el tupido follaje del jardín. Una luz trémula había cruzado dos veces por la espaciosa terraza del chalet de los señores Villaumbrosa.

Un hombre, retorciéndose entre los arbustos que paralelos a la verja rodeaban al jardín, penetraba silenciosamente y con la mayor cautela.

Todo era silencio en derredor. El chalet estaba algo apartado del centro de la población. No había que temer una sorpresa.

Sonaron dos golpecitos en la puerta del sótano. Como obedeciendo a un conjuro, se abrió la puerta y penetró resueltamente, envuelto en sombras, el malhechor Cástulo.

Apenas Juana le habló, porque estaba más muerta que viva. El natural horror a una acción tan baja como punible la tenía atontada. Siguió, cual si fuera una autómatas, los pasos de Cástulo y penetraron en la cocina, iluminada por la luz eléctrica.

—No habrá peligro, ¿verdad? Estaremos seguros, ¿no es cierto?—interrogó Cástulo a Juana.

—Sí; los señores no volverán hasta muy tarde.

—Entonces... mas lo primero es que me des algo de cenar. Tengo más hambre que el perro de un gitano.

—Ven—murmuró en voz baja la azorada Juana—ven; aquí está la despensa.

Y le condujo a una estancia contigua. Dió la llave de la luz eléctrica, y colgados del techo vió Cástulo un empujado jamón y buenas sartas de chorizos.

—¡Brava ocasión de sacar la tripa de mal año!—exclamó Cástulo intercalando blasfemas interjecciones. Y, sacando de entre la encarnada faja un enorme cuchillo de Albacete, la emprendió con el bien curado jamón.

—Dame pan... ¡hola! ¡y qué barriguda cubeta está en aquel rincón! Será buen ribereño, ¿eh? Saca, saca un jarro.

Y sentándose y haciendo sentar junto a él a Juana sobre unos sacos de legumbres, comenzó a devorar jamón primero, y chorizos después, apurando los correspondientes vasos de vino.

—¿Y tú no me acompañas? ¡Ea! come y bebe; comida y bebida dan fortaleza y ánimos para toda empresa.

Juana, por no desairar a Cástulo, comió dos trocitos de jamón y algunas rajadas de chorizo. Algo tranquilizada del primer sobresalto por las reflexiones de Cástulo, llegó también a apurar un vaso de vino.

Tal vez tenía razón Cástulo: el jamón y el

chorizo y (mas aún el vinillo) parecieron dar aliento a la indecisa Juana. Con esto y con las palabras de su fascinador pretendiente, se mostró decidida a todo. Ya que estaban dados los principales pasos, fácil cosa era llevar a término el criminal propósito.

—¿Y qué es aquello? ¿vinos generosos embotellados y alambrados? Trae, trae; descórchemos un par de botellas a salud de tus señores—dijo el bandido lanzando una estúpida carcajada.—¡Las cosas se hacen bien o no hacerlas!

—Ya lo tengo todo bien urdido. Supongamos que vinieran ahora mis amos. Pues les diría... en fin, les haría comprender que no pasaba de un abuso de confianza el admitir en casa a mi novio. ¡Ni frailes capuchinos, puestos de rodillas, serían capaces de hacerles creer que su sirvienta Juana, la que ha llevado más de dos años sirviendo en casa de los padres de doña Rosa, pudiera ser cómplice de un ladrón, de tí, de quien tan buen juicio tienen formado por lo que yo le he dicho al ama.

—Oye; no me insultes, no me lames ladrón; llámame por el honroso título de mi profesión: no soy ladrón, soy *Registrador de la Propiedad*, ¡que no es lo mismo, prenda, aunque tiene una *miaja* de parecido! Si soy ladrón, lo soy de ese tu corazoncito, que va a ser muy feliz a mi lado con el dinero de los señores Villaumbrosa. Y... dejémonos de estas cosas para mejor ocasión, la presente es de registrar bien y limpiar mejor cuanto sea oro y plata. ¿Dónde guarda la señora las alhajas?, ¿dónde está el despacho del señor?, ¿dónde está todo lo que aquí abunda tanto como a mí me falta? ¡Ea! vete enseñándome todo lo registrable; no hay que perder tiempo; que si es verdad el refrán de que el tiempo es oro, ahora lo va a ser de veras.

Armarios, cajones, vitrinas, coquetas, etc., etc., fueron abiertos y registrados escrupulosamente y sobre seguro, ya que Juana sabía perfectamente dónde no se daría el golpe en vago. Sendos fajos de billetes del Banco de España, gran número de joyas preciosas (pulseras, pendientes y dijes de brillantes, relojes de oro, etc., etc.) fueron metidos en montón dentro de un grosero saquito.

Los pequeños ojos del ladrón brillaban tanto como las joyas. ¡Buena presa! A muchos miles de pesetas ascendía lo robado. Como para celebrar la hazaña, Cástulo encendió un puro que sobre la mesa del despacho encontró.

—Ahora, Juana, no resta más que dar otro tiento a las botellas y cubrir el expediente para que nada puedan sospechar de tí.

Chupando nerviosamente el puro, después de echarse al colete una media botella de rico Oporto, Cástulo subió al dormitorio de Juana, seguido de ésta. Cogió una larga y fuerte cuerda con que, cerca de los pies de la cama, estaba liado un grande haz de secas hojas medicinales.

Con dicha cuerda comenzó Cástulo a amarrar de pies y manos a su cómplice, sujetándola fuertemente a los hierros de la cama. Atada de este modo, sus amos creerían fácilmente que fué sorprendida por unos enmascarados, y que Juana, por lo tanto, distaba mucho de ser cómplice del robo.

Entre paréntesis, hemos de hacer notar, que Cástulo había dejado violentados los barrotes de una ventana del sótano, por donde se pudiera suponer que entraron los ladrones enmascarados.

El humo del cigarro puro le cegaba a Cástulo, embarazándole mucho para efectuar bien la operación de amarrar a Juana. Tiró, pues, la colilla a un rincón, y con sobrado ingenio dejó a Juana sin poderse mover, sujeta firmemente a los hierros de la cama.

—Adiós, Juana; hasta que (pasados unos días y con el pretexto que mejor te parezca) salgás del servicio de tus amos y vayas a buscar carne adonde tú sabes.

—Adiós, Cástulo; y ya que te he obedecido en cuanto has deseado, no te olvides de mí.

—Adiós—repitió Cástulo, y voló escalera abajo con el tesoro encerrado en el saquito.

Breves instantes pasaron, cuando la habitación de Juana se vió inundada de humo y llamas. ¡La colilla del puro arrojado por Cástulo había prendido fuego al haz de hojas medicinales.

Juana se llenó de terror y comenzó a gritar, creyendo que aún no habría salido Cástulo de la casa: ¡Cástulo! ¡Cástulo! ¡que me abraso!

En efecto; el fuego había tomado gran in-

cremento y lamía ya las ropas de la cama. ¡Pronto se vería Juana envuelta entre llamas!

—¡Cástulo! ¡Cástulo!—repetía a gritos la desdichada—¡Socorro! ¡Socorro!...

### IV

—No estaba bien que, lamentando la indisposición de Lolita, fuéramos al concierto de la Sinfónica.

—Lo siento, porque tenía deseos de oír a ese famoso violinista. Pero, en fin, otro día será.

Así finalizaba su conversación el joven matrimonio cuando, al llegar a la puerta de su chalet, oyeron los gritos de terror que daba Juana.

Apresuradamente abrió la puerta don Joaquín y voló, escalera arriba, a la habitación de donde suponía partían los gritos.

—¿Qué pasa?—gritó enronquecido desde la escalera.

—¡Sube, Cástulo, que me abraso!—decía con voz lastimera Juana.

Imponente era el espectáculo que se presentó a los ojos de don Joaquín. Con actividad asombrosa desató a la desdichada Juana; abrió en seguida las ventanas para que saliera el humo que la asfixiaba, y doña Rosa y don Joaquín acudieron a los aparatos extintores que tenían en los dos pisos principales y, como por ensalmo, lograron en breves instantes sofocar el iniciado incendio.

### V

En vano pretendía Juana ante el Juez aparecer inocente del robo denunciado. ¿Por qué razón invocaba el nombre de su prometido, de Cástulo? ¿Qué relación podía haber entre el incendio y el aparecer atada a la cama y el continuo pedir socorro a Cástulo?

La primera providencia fué encarcelar a Juana y encomendar a la policía la captura de Cástulo. La habilidad de la policía y los no menos hábiles interrogatorios del Juez pusieron bien en claro toda la verdad.

¡Desdichada Juana! Su atolondramiento en ceder a las pérfidas insinuaciones de un hombre cuyos antecedentes no conocía, fué causa de su deshonor y su ruina.

Se recuperaron todos los objetos robados; y Juana y Cástulo fueron condenados a la pena de varios años de cárcel.

¡Y cualquiera convencia a doña Rosa de que San Antonio de Padua no era el más fiel guardián de su casa!

ANTONIO DE LA CUESTA Y SÁINZ.

## Del pícaro mundo

### Anticlericalismo neto.

—Se ha fugado con los fondos de la Sociedad Obrera de X... el compañero M. B., que ejercía el cargo de Tesorero.

### Clericalismo puro.

El R. P. Rodríguez, S. J., ha hecho entrega a la importante casa comercial Sres. H. y C.<sup>a</sup> de 2.000 pesetas que recibió de un penitente bajo secreto de confesión.

¿Se explican ustedes ahora por qué muchos gritan «abajo el clericalismo»? Porque no quieren restituir.

\* \* \*  
¿De modo que no se puede vivir por que los comestibles están horriblemente caros?

Efectivamente, pero también el vestir cuesta hoy *un ojo de la cara* y sin embargo y *aun con embargos*, se ve más lujo que nunca hasta en las clases que se llaman modestas y pobres.

Y los lugares de diversión de pago están concurridos como nunca, y los chigres tan frecuentados como siempre...

¿Quién soporta esto? El casero, que no puede cobrar el alquiler de su casa; el tendero, que no le es posible liquidar sus libretas, y vayan ustedes apuntando pufos en lo necesario para gastos en lo superfluo!

Frutos del cine son los morfomanos e histéricas que hoy abundan. ¡Vaya unas energías para salvar a la Patria!

## Util y dulce

¡Buenas propinas!

Una sonrisa agradable ha traído quinientos duros a una señora de Chelmsford. El dinero se lo ha dejado una anciana, a la que siempre le sonreía con agrado al verla salir de misa los domingos.

Una criada de servir de Petesbury (Estados Unidos) dió de almorzar a un vagabundo hambriento, hace seis años, y ahora la han entregado una granja y cuarenta mil duros que le ha dejado aquel hombre en su testamento, en agradecimiento de su obra caritativa.

Mil duros por un plato de sopa es lo que ha dejado un viajero a una mujer que le propor-

cionó tan modesto manjar hace 25 años. El viajero no lo olvidó, y al morir ha dejado 50.000 duros repartidos entre las personas que le socorrieron de algún modo en sus tiempos de miseria.

### Criptografía.

a a a a c d e e e e g i l m n r r r s s t u v v.

Formar con estas letras el nombre de un gran escritor español.

Solución a la adivinanza anterior:

LA PLUMA

## Otra más!

Terminadas nuestras existencias de papel, hemos acudido, como de costumbre, a la Fábrica y nos contestaron que por acuerdo general no podían servirnos; que nos proveyésemos en el Depósito de esta villa donde, como es de suponer, el precio sería más subido, y así fué. Esta nueva remesa, con la que tendriamos para poco más de dos meses, pues no quieren servir grandes cantidades para mejor aprovecharse de las circunstancias, nos cuesta una peseta más en resma... ¡Dios nos ayude!

Capital disponible para estos contratiempos no tenemos.

Única y exclusivamente vive nuestra publi-

cación de lo que ingresa por suscripciones, y no por todas las anotadas, que los hay olvidadizos, como si el pagar lo debido no fuese caso de conciencia.

A pesar de tales inconvenientes, graves para una administración pobre, no pretendemos pedir nada a nuestros constantes favorecedores, bastante hacen por nosotros; Dios se lo pague; sólo si han de permitirnos que admitamos más anuncios, (tomen nota nuestros amigos comerciantes) siquiera hasta cubrir toda la cuarta plana y ¡dolor grande para nosotros! sacrificando el original de propaganda, donde ya era poco. ¡Qué tiempos estos tan apretados para todos! Quizás con esta innovación, compensemos el nuevo aumento, para otro... Dios dirá.

Una vez más suplicamos a nuestros amigos que no nos abandonen en este calvario de subidas y apremios; ¿no volverán tiempos mejores y prosperaremos?

## Correspondencia administrativa

Sr. D. S. G.—Obregón.—Pagó fin 1916.

Sr. D. J. la R.—B. de Campos.—Id. fin Octubre 1918.

Sr. D. B. O. A.—Blimea.—Id. fin Septiembre 1917.

Sr. D. B. O.—Sta. Eugenia.—Id. fin Enero 1918.

Sr. C. P. La Alameda.—Id. fin Abril 1917.

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón.

“La Violeta”

LAS MEJORES CORBATAS Y CAMISAS

Nota.—Esta casa garantiza el corte y confeccionamiento de sus camisas. C.

Obras teatrales

El Anarquista.—Jauja.—Mitin Socialista.—El Señorito.—El Requeté.—Propias para Sociedades obreras. 1 peseta ejemplar. Pedidos de las 5 juntas 3,75 ptas., más 0,25 para el certificado. De venta en esta Admón.

FOTOGRAFIA

Villanueva

LA NEW-YORK

Relojería, Joyería y Platería

LA MÁS CÓMODA Y ECONÓMICA

Corrida 62—bajo—GIJON. C.

Garantiza sus ventas y composturas

CORRIDA, 18—TELÉFONO NÚM, 170. GIJON C.

## BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857—Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde una peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

## Las Camelias

TEJIDOS, SASTRERIA, MERCERIA. :-: San Bernardo y Jovellanos.—Gijón

TEMPORADA DE INVIERNO

Extensa colección en terciopelos, pañetes y gabarninas para vestidos de señora. :-: Gran surtido en paraguas y preciosos modelos en cuellos de piel de gran fantasía. :-: Géneros de punto a precios inverosímiles. Últimas novedades en pañería para señoras y caballeros. Confección esmeradísima en trajes de caballero por maestro cortador de primer orden, garantizando la perfección de las prendas.

Véanse precios en los escaparates y examinen su buena calidad. C.

Acebal, Rato y Comp.<sup>a</sup>

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Ocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

Administrador de buenas referencias, se ofrece para casas y fincas. Informes en esta Administración.

Falleres mecánicos de construcción y reparación de Maquinaria de

Saez, Pérez y Compañía

Barrio del Tejedor, Teléf. 453.—Gijón

Maquinaria para chocolaterías, panaderías, fábricas de curtidos y de latería. Fundición de bronce de todas clases. Calefacciones e instalaciones de riego. Reparaciones de buques y maquinaria en general.

Prensas y mayadoras para manzana.

ULTRAMARINOS FINOS

— de —

Arturo Prieto Acebal

Plaza de S. Miguel, 2 y Capua, 31

GIJON

C.

Teléfono, 312

FUNERARIA DE

Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJON—Teléfono 10

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

Léase este anuncio

Para seguir conservando la salud o para reponerla si está perdida, tómese diariamente el renombrado chocolate de LAS CAMELIAS que se fabrica en Laviana.

JOSÉ GUTIERREZ CORTINA

C.

INDUSTRIAS ZARRACINA

SOCIEDAD ANONIMA

GRANDES FABRICAS

Sidra champagne (la marca más antigua)

Harinas superiores : : Chocolates

exquisitos : : Pan superior de todas

clases

Carretera de Villaviciosa.—GIJÓN

C.

Dr. Calisto de Rato y Roces

Especialista en enfermedades del sistema nervioso.

Consulta mañana y tarde.

Corrida, 63, Gijón